

¿Son iguales las religiones, todas tienen el mismo valor? Y de no ser así, ¿cuáles serían las razones para pensar que el cristianismo es superior? ¿Hay motivos para decir que el cristianismo es la mejor religión?

El tema planteado es de gran actualidad dada la fuerte sociedad pluralista y laica en la que hoy vivimos; una sociedad más apegada a la razón o al sentimiento que a la fe o dogma y que, por lo tanto, reclama no tanto argumentos de fe sino explicaciones racionales, lógicas, históricas. Ante esta exigencia, ¿es posible demostrar la absoluta veracidad del cristianismo por sobre cualquier otra forma de creencia o increencia? Lo primero a decir es que la fe cristiana no se puede demostrar. En efecto, si fuera sensorialmente o racionalmente demostrable ya no sería fe sino pura ciencia empírica, y como tal, ya no habría lugar para una adhesión libre sino, más bien, obligada en razón de su irrefutabilidad y contundencia. Nadie es libre para decir que $2 + 2 = 4$ o para aceptar las leyes de la física (ej.: la ley de la gravedad): sobre estas evidencias no existe la "opinión" posible sino la aceptación obligada que, por ser tal, carece de libertad y amor. Ahora bien, la fe no posee –afortunadamente– tal evidencia. ¡Menos mal! ¿Y qué es mejor en relación con Dios, la evidencia empírica o el misterio revelado del cual se sigue su acogida o aceptación? Mejor es lo segundo. En efecto, es mejor (más humano, más pleno de sentido) la razón humana que indaga y la adhesión voluntaria, amorosa y libre más que la aceptación necesaria. Donde hay necesidad absoluta difícilmente exista la libertad, y donde no hay libertad difícilmente haya lugar para el amor.

No obstante la ausencia de evidencia que muevan al creyente al acto de fe lo que sí existen son signos o indicios más o menos fuertes que nos inducen a creer o aceptar, signos que aunque no sean del todo demostrables exigen algún tipo de respuesta o solución ya que, como cualquier otro signo, su explicación última se halla en otro lugar. Por ej., los milagros que pudiéramos haber visto o escuchado son signos que remiten a un tipo de explicación y solución, puesto que el milagro no es una respuesta en sí mismo. Ante la presencia del milagro u otro signo fuerte, alguien que no sea indiferente a la realidad o perezoso en el indagar se sentirá movido a la búsqueda de algún tipo de respuesta. Es el signo visible, histórico, racional el medio o la razón por la que los cristianos decimos "creo", "es verdad", "realmente existe", "este signo se refiere a una verdad, de la cual depende". Por supuesto que entre el signo y la respuesta o verdad última hay un recorrido que, por lo general, no es ni todo lo corto ni todo lo placentero que quisiéramos, motivo por el cual muchas personas, aun viendo o teniendo constatación de esos signos, se niegan a creer, se resisten a concluir como debieran (aunque, repito, no sin esfuerzo) naturalmente concluir. Doy por descontado que, quien no quiere creer, no creará, por más que haya milagros visibles y palmarios. Es así. La libertad es un misterio. Decía el beato J. H. Newman que para creer hay que querer creer. ¿Y para "querer creer" qué cosa se necesita? Ciertamente se necesita del don sobrenatural de la fe, pero también es necesario –como actitud dispositiva de nuestro afecto y nuestra voluntad– que cada uno esté dispuesto a empezar vivir conforme a las respuestas que se van encontrando. Lo cual no es nada fácil, sobre todo cuando las nuevas respuestas entran en conflictos con las viejas convicciones.

Aclaro que soy respetuoso de la libre negativa del acto de fe, pero lo soy siempre y cuando haya un intento por dar alguna respuesta –ajena a la fe en Jesús y en la Iglesia– acerca de los hechos históricos que someramente detallamos a continuación. En este tema –como en otros– no es la búsqueda sincera (aunque equivocada) del camino la peor de las actitudes posibles a elegir sino la determinación férrea en no cuestionar ni indagar el recorrido ya elegido. De allí que nuestra pereza, o el excesivo amor a la comodidad o el no querer perder algo ya conquistado constituyan un verdadero obstáculo para conocer la verdad. O en materia de fe, un impedimento para creer o para concluir según la fuerza racional del signo.

¿Cuáles son los signos que inducen a pensar en la absoluta bondad y veracidad del cristianismo, aquellos indicios que remiten solamente a una respuesta? Lo signos, en mi opinión, son de tres tipos: culturales, morales e históricos.

Signos culturales: la ciencia, la universidad, el derecho, la mujer

Por signo o milagro cultural entendemos sucesos revolucionarios a nivel cultural que, sin una referencia a la fe en Cristo y al influjo cultural de la Iglesia católica, resultaría difícil lograr explicar satisfactoriamente. El primero de esos milagros culturales es el desarrollo de la ciencia, sobre todo en Occidente, a partir de muchos científicos creyentes. Por nombrar

solo algunos de la época moderna: Copérnico (que fue sacerdote polaco y astrónomo), Mendel (primer genetista, monje), J. Lejeune (católico practicante, descubridor del cromosoma causante del síndrome de Down), A. Carrell (Nobel de Medicina y conocido devoto de la Virgen de Lourdes), L. Pasteur (también practicante) o incluso el mismo Galileo quien, aunque tuvo conflicto con una parte de la Iglesia, era católico y murió reconciliado con ella, con una bula papal de bendición. Yendo más hacia atrás en el tiempo también podemos nombrar a R. Bacon, franciscano y profesor de Oxford, conocido por sus trabajos matemáticos y ópticos y precursor del método científico moderno. Suya es la frase que, quizás, sorprenderá a quien piense que la fe es enemiga de la ciencia: 'Nada puede conocerse con certidumbre sin experimentación'. Finalmente podemos también mencionar a otro fraile franciscano matemático, el italiano L. Pacioli, considerado padre de la contabilidad moderna y creador de la partida doble contable. ¿Es mera casualidad que éstos u otros científicos hayan sido, además de pensantes, creyentes y practicantes? ¿Cómo se explica que culturas no cristianas (orientales, islámicas) no hayan podido desarrollar la precisión científica que sí logró el occidente de matriz cristiana? Sinceramente, pienso que es difícil asignar semejante hecho cultural y científico a la casualidad. Como tampoco me parece que esos logros se deban a la Revolución francesa o al Iluminismo francés puesto que, algunos de los nombrados científicos y sus descubrimientos, preceden al 1789. Y otros posteriores o del s. XX han tenido más apego al catolicismo práctico que a la pura razón. Si bien es cierto que también hubo y hay científicos de otras religiones o incrédulos eso no quita importancia a lo dicho, sobre todo si tenemos en cuenta el influjo que aquéllos han tenido –y aún tienen- en ambientes científicos.

Es muy interesante la tesis del sacerdote húngaro, doctor en Teología y Física, Stanley L. Jaki (1924-2009), quien través de una serie de estudios históricos publicados sostiene que el avance de la ciencia moderna no logró horizontes tan lejanos en otras regiones del mundo como sí se alcanzó en la Europa de tradición cristiana y católica. En las grandes culturas de la antigüedad (Babilonia, Egipto, Grecia, Roma, India, China, etc.), la ciencia experimental no encontró un terreno propicio. Más bien, los escasos intentos de nacimiento acabaron en sucesivos abortos, señala Jaki. ¿La razón de este fracaso cuál fue? Se debió a que, «en esas culturas antiguas, se representaba la naturaleza como sometida a unas divinidades caprichosas, o se pensaba en ella de modo panteísta» (https://es.wikipedia.org/wiki/Stanley_L._Jaki). Se podrá acordar o no con la tesis del sacerdote y físico pero lo que sí es incontestable es que el desarrollo de la ciencia moderna ha tenido en regiones de matriz cultural cristiana (sobre todo, en Europa) avances que no se han visto en otros lugares del mundo con tradiciones culturales y religiosas diferentes. Este hecho amerita alguna explicación; y la de Stanley Jaki es una, para nada desdeñable.

Otro autor y otro libro que explica la estrecha relación entre la fe católica y los desarrollos culturales en occidente (incluyendo la ciencia), con dependencia de éstos con respecto a aquélla es Thomas E. Woods. El libro se llama *Cómo la Iglesia Católica construyó la civilización occidental* (ed. Ciudadela Libros, 2009).

Junto a desarrollo de la ciencia moderna otro signo cultural que llaman la atención y que, a mi parecer, tiene su origen en la grandeza y superioridad del cristianismo es la creación o invención de una institución educativa llamada "Universidad", de las cuales la primera y segunda de ellas (la de París y la de Bolonia) deben directamente su existencia a la Iglesia pues se iniciaron como escuelas catedralicias en el s.XII. En el s. XVI hay registro de ochenta y una universidades europeas, de las cuales treinta y tres se hallaban bajo la autoridad del Papado. En América la primera universidad fue la de Lima (Perú), en 1551, obra conjunta de la Iglesia y la Corona española. Y si bien es verdad que en otras religiones también existen escuelas y universidades, lo que llama la atención es la novedad del hecho. Sí: luego vinieron otras universidades, de otras religiones e incluso laicas o a-religiosas, pero lo que hoy es algo tan común y difundido tuvo su iniciativa en el ámbito de la Iglesia y en virtud de la fe cristiana. Lo dice la historia. En este punto en particular la Iglesia se adelantó en el tiempo. Fue, por lo menos, pionera, vanguardista.

Otro hecho que habla muy bien del cristianismo es la importancia que la fe cristiana y católica ha asignado a la mujer en comparación con otras religiones. En efecto, no encontraremos en ningún tipo de creencia histórica la veneración a una mujer tal como los creyentes atribuimos a la Virgen María. Lo que sí hay en la antigüedad son mitos o religiones no históricas que tenían divinidades femeninas, pero sin que ello se tradujera en una mayor consideración a la dignidad de la mujer. Jesús, el evangelio, la Iglesia, han dignificado a la mujer a tal punto que ella, en paridad con el varón, tiene para la Iglesia los mismos derechos. De hecho, la Iglesia canoniza mujeres: es decir, las pone como modelos a imitar. Y si

bien es cierto que una mujer nunca podrá ser sacerdote ello se debe a una cuestión de roles y no a una cuestión de importancia o dignidad.

Finalmente quisiera hablar del llamado “Padre del derecho internacional”, el sacerdote dominico Francisco de Vitoria. ¿Quién fue Vitoria? Un jurista español del s. XVI que, conocidas las denuncias sobre el abuso de algunos conquistadores en América, puso las bases legales para que España velara por los derechos de los indios. Aunque hoy nos parezca risueño, los indios eran considerados por algunos como personas más inferiores en comparación con los españoles, y en consecuencia, como sujetos con menos derechos y a quienes era lícito explotar y maltratar. En contraposición, Vitoria y otros teólogos españoles se opusieron a tal abuso y defendieron la dignidad del indígena con una legislación considerada pionera en el derecho internacional: las *Leyes Nuevas*, en 1542. Una vez más, la Iglesia poniéndose a la vanguardia de los derechos humanos y de la cultura. Mi pregunta es: si la Iglesia, allí donde se afianza, defiende la dignidad humana, fomenta la cultura, educa, atiende a los pobres, cuida de los enfermos (también los hospitales tienen su origen en el ámbito eclesial católico, en el s.IV), ¿por qué no pensar que estas hermosas iniciativas tengan su origen no solamente en la buena voluntad de sus miembros sino también -y sobre todo- en la fuerza de lo Alto, en la gracia con que Jesús ha querido abastecer a la Iglesia para que ésta siga difundiendo el bien y la verdad en todas las épocas? Por los frutos se conoce el árbol. Soy plenamente consciente que también han habido personas de Iglesia o bautizados que han explotado, discriminado, incluso matado en nombre de Dios; y por eso sé también que es tan poco real o tan mentirosa la “leyenda negra” como la “rosa”. Sin embargo, no es una actitud intelectual honesta la de quien, en base a algunos malos casos o malos ejemplos, intenta desacreditar una obra que, en conjunto, supera o trasciende (en tiempo e importancia) a sus mismos hacedores, algunos de los cuales son más dignos de olvido que de encomio. Sobre esto último, una última acotación, algo que debería hacernos pensar: sin una fuerza personal, divina y sobrenatural a la que los creyentes llamamos Espíritu Santo, ¿cómo explicar que la Iglesia aún perviva (e incluso crezca, en ciertas regiones del mundo) siendo que algunos de sus miembros hacen (con mayor o menor conciencia) justamente todo lo contrario para su subsistencia? En la época de conflicto entre Napoleón con la Iglesia y el Papado se cuenta que una vez un diplomático de la Santa Sede, el Cardenal italiano E. Consalvi, dialogó con Napoleón. Parte del diálogo fue:

Napoleón: -Voy a destruir la iglesia Católica.

Consalvi: - No vas a poder.

Napoleón: -Si, lo haré.

Consalvi: - No podrás. Ya vas a ver.

Napoleón: - ¿Por qué dices eso?

Consalvi: - Porque ni siquiera nosotros hemos podido.

Antes de pasar al segundo de los signos o indicios arriba mencionados y que nos refieren sobre la veracidad absoluta del cristianismo, quisiera hacer una aclaración. Que el cristianismo sea, comparativamente hablando, la mejor de las religiones (es decir, la más verdadera, buena y bella) no quiere decir que otras religiones (budismo, hinduismo, judaísmo, islam) sean absolutamente malas, y ello por la sencilla razón de que el mal –a diferencia del bien- no es absoluto. Como tampoco es totalmente malo el ateísmo y las distintas formas de indiferencia religiosa las cuales, si bien no son religiones en sentido estricto, están entroncadas con la religión puesto que la niegan o relativizan. Y al intentar negarla, de algún modo le terminan asignando cierta importancia. Otras religiones o modos de pensar no son 100% malos o falsos dado que también allí hay elementos de bondad y verdad, lo que posibilita –si existe buena voluntad de las partes- el diálogo y el encuentro. Sin embargo, la Iglesia enseña, por un lado, que esos elementos de bondad y verdad diseminados en todo el mundo encuentran en el cristianismo su plenitud; y por otro lado, que sin la desembocadura en aquello que les daría sentido y plenitud corren el peligro de malograrse, y mucho. Incluso hasta el extremo de lo totalmente inhumano. Por eso es tan necesario misionar.

Signos morales

El segundo de los signos es de carácter moral y se relaciona con la pléyade de santos de toda índole que la Iglesia ha dado al mundo. Hombres, mujeres, casados, solteros, niños, adolescentes, adultos, muy cultos algunos, analfabetos

otros, algunos ricos, otros pobres, locales algunos, de lugares muy alejados otros. Todos ellos hijos de Dios y de la Iglesia que, a pesar de las diferencias entre ellos, estaban todos unidos en un mismo sentir, en una misma fe y devoción y cobijados por la una misma Madre (la Virgen, la Iglesia) de la cual nunca se apartaron y con la cual siempre se han sentido deudores. Santos de todo tipo: algunos entregados a los enfermos, otros a la política, otros padres o madres de familia, misioneros, teólogos, muchos mártires, otros dedicando su vida a los pobres de las periferias, educadores, o simplemente personas que –en su anonimato o clausura- deciden ofrecer su vida y oración en favor de los demás. Mi pregunta es: ¿a qué se debe que en la Iglesia encontremos tantísimos casos de generosidad, de amor, de altruismo?; ¿pura casualidad, nomás? Es verdad que en la Iglesia también hay personas malas, viciosas o débiles pero, ¿cómo explicar los innumerables casos de santidad?, ¿cómo explicar que haya tantos miembros de la Iglesia que hayan optado por morir con el fin de salvar la vida del prójimo (ej.: san Maximiliano Kolbe o san Juan Nepomuceno) o con el fin de no hacerse cómplices de la corrupción social o política? ¿Cómo entender que haya tantos hijos de la Iglesia que, sabiendo que podían morir si atendían enfermos contagiosos igual eligieron acompañar a esos enfermos (algunos ejemplos: san Luis Gonzaga, san Damián de Molokai o nuestro santo Gabriel “Cura” Brochero)? ¿Locura, casualidad? Locura no es: la iglesia no canoniza locos, fanáticos o desquiciados. Tampoco es casualidad, sobre todo si tenemos en cuenta que todas estas personas hacían lo que hacían –sin excepción- con una intención muy precisa: «por amor a Cristo presente en los demás y en la propia conciencia». Incluso más, ¿cómo explicar la existencia de personas cristianas que hayan muerto deseando el bien para sus enemigos o verdugos (ej.: san Esteban, santa María Goretti)?; ¿existe acaso un testimonio de amor mayor que éste?

Tampoco es sencillo de explicar (para quien carece de fe) que doce hombres sin preparación intelectual, ni recursos económicos ni contactos políticos hayan logrado que la doctrina por ellos predicada fuera abrazada por miles de personas, entre las cuales las había muy inteligentes, y otras, nada fáciles de convencer. Cierto es que en otras religiones también han habido y existen personas amantes del prójimo. Y es también igualmente cierto que el mero número de adherentes o lo *cuantitativo* no alcanza como prueba para justificar la verdad de una religión. Sin embargo, lo que me llama a mí particularmente la atención es que, en el cristianismo, el sacrificarse por Dios y por el prójimo llega al extremo de preferir renunciar a todo para que el otro viva y sea feliz. Y que además, el Fundador de esta religión haya predicado esa entrega poniéndose él mismo como ejemplo. Ni Moisés, ni Buda ni Mahoma ni un filósofo ateo o agnóstico han llegado a tal extremo de entrega.

Para colmo, este tipo de vida oblativa no solo que no es una excepción (la cantidad de canonizados/as da muestra de ello) sino que aparece como condición necesaria para llamarse a sí mismo “cristiano”. Es lícito, pues preguntarnos en razón de qué motivación personas bastante equilibradas, normales e incluso (algunas) muy instruidas y a las que difícilmente podríamos endilgarles el rótulo de “enajenadas”, “anestesiadas” o “fácilmente influenciables” sin caer en la calumnia (algunos cristianos enajenados o manipulables podrá haber, sí, pero éstos no constituyen la mayoría) deciden con pleno uso de sus facultades intelectuales y volitivas seguir a Jesucristo. ¿Qué los mueve?, ¿los mueve lo mismo que mueve a un musulmán seguir a Alá y su profeta Mahoma? No creo que sea exactamente *lo mismo* lo que motoriza a unos y otros dado que el tipo de vida que vivió Jesús de Nazaret (y que se puede leer en los evangelios) no es el exactamente el mismo tipo de vida que vivieron Moisés, Mahoma o algún otro conocido personaje de la historia y con registros biográficos.

Algunos signos históricos: los evangelios escritos

Además de los signos culturales y morales existen, finalmente, indicios históricos ligados a la credibilidad del cristianismo a partir del estudio de los evangelios, que son la fuente desde la que parte la fe cristiana. En realidad, la revelación de Dios y respuesta de fe por parte del hombre tienen dos fuentes: la escrita (Sagrada Escritura, en especial los evangelios) y la oral (la predicación enseñada, vivida, escrita, rezada). Esta última conforma la Tradición.

Sobre los evangelios caben algunas preguntas iniciales, comunes en muchas personas que no tienen fe o que la tienen pero de modo incipiente. ¿Cómo sabemos que lo que está escrito en los cuatro evangelios sobre Jesús es verdad?; ¿esos escritos no pudieron o verse distorsionados con el tiempo (una suerte de “teléfono descompuesto”) o haber sido

el resultado escrito del fanatismo o entusiasmo de los primeros discípulos de Jesús? ¿Cómo sabemos que Jesús realmente existió y no fue simplemente un héroe mitológico?

Lo primero a decir es que aplicar a éste u otros temas la duda metódica no es signo de salud mental, como tampoco de confiabilidad. Imagínense ustedes si dudásemos de todo aquello que nos dicen y que nosotros no hemos podido constatar de manera sensorial. La vida sería pura desconfianza. La confianza en la palabra del otro no existiría, y la sana convivencia tampoco ya que la convivencia se funda en la confianza. Creemos que quienes escribieron los evangelios no mintieron y tampoco exageraron en la narración, motivo por el cual la Iglesia los ofrece como textos inspirados, canónicos, es decir como Palabra de Dios. Son inspirados por Dios no solo porque dicen la verdad (ya que muchos libros dicen la verdad y no son la Palabra de Dios) sino porque, por elementos internos y externos al propio texto, la Iglesia (movidada por el mismo Espíritu que inspiró esos escritos) los declaró canónicos, inspirados como Palabra de Dios. La declaración no fue por decreto sino por la vivencia que de esos textos hacían millones de cristianos en muchos lugares del mundo. Fue una honda experiencia de fe, universal y compartida, la que motivó a la aceptación de los libros inspirados. Decir que la Iglesia a ciertos textos los declaró Palabra de Dios equivale a decir que fueron los cristianos (desde el Papa hasta el más pequeño e ignoto bautizado) de vastas regiones y diferentes tiempos quienes así lo experimentaron, lo sintieron y luego lo promulgaron.

De hecho, existen otros evangelios no inspirados o no canónicos que la misma Iglesia ha rechazado, y lo ha hecho, entre otras razones, porque su contenido está parcialmente falseado. Son los llamados “apócrifos” (ej.: el de Judas, el de Santiago, el de Pedro). De allí nuestra confianza en la Iglesia y su Magisterio, el cual nos ayuda a tener fe en determinados escritos que lo ameritan. ¿Y por qué lo ameritan?; ¿en base a qué la Iglesia ha dicho “este evangelio es Palabra de Dios y éste no lo es”?

Además de su vivencia a la vida cotidiana y de su contenido intrínseco se han tenido en cuenta, ya desde los inicios del cristianismo, otros elementos, tales como el uso de esos textos en la liturgia y en muchos lugares del mundo, o el recurso que santos antiguos han hecho de esos textos. Por ej.: el hecho de que santos, Papas o mártires de los primeros siglos hayan usado en sus cartas o escritos los mismos textos evangélicos. ¿Y por qué esos mismos? Porque los consideraban inspirados por Dios. No usaban los apócrifos, sin que para ello se pusieran previamente de acuerdo. Había un olfato o *instinto sobrenatural (sensus fidei)* por el cual los cristianos en general han dicho: - «esto es Palabra de Dios, pero esto no lo es». Similar a lo que ocurre entre los enamorados, los cuales se dan cuenta con relativa facilidad acerca del bienestar o malestar de su amado. Aunque éste no le exprese su malestar, el amante es capaz decirle «algo te pasa, hay algo que no va, algo no me cierra, algo huele mal aquí». Los cristianos de todas las épocas han amado a Dios y su Palabra, de allí que con un instinto u olfato sobrenatural hayan dicho (juntamente con la jerarquía de la Iglesia) -«este escrito es Palabra de Dios pero este otro no lo es ya que es confuso, es muy oscuro, es contradictorio, Dios no puede mandar o enseñar esto». Al igual que en las relaciones humanas también en la Iglesia la confianza en aquellos escritos que nos hablan de la vida y obra de Cristo supone la fe: fe en la Iglesia, en su Tradición, en la vivencia de los cristianos de ayer y de hoy. Pero, al mismo tiempo, la fe se basa en la confianza y en el amor. «Creemos porque amamos», dice J. H. Newman.

¿Y los escritores no podrían haber exagerado, agrandado los hechos incluso sin mala intención? Si bien los cuatro evangelios están escritos por creyentes y para creyentes, sin embargo, existen indicios racionales por medio de los cuales también podemos afirmar, por lo menos, que esos textos no son descabellados, ni exagerados, ni el producto del fanatismo o imaginación colectiva. Por ej.: el líder o héroe allí presentado, lejos de presentarse como un super-hombre que derriba con su brazo ejércitos enteros aparece humilde, pobre, manso y, para colmo, crucificado y humillado de la peor manera. A decir verdad, no son estas las notas que deberían caracterizar a un héroe mitológico, salvo que este hombre no fuera mitológico sino realmente histórico y que sus discípulos hayan escrito exactamente lo que han visto y oído, sin engaños, sin la intención de maximizar la figura del Maestro. Aún a riesgo de que el personaje por ellos descrito fuese rechazado por los lectores por tratarse de alguien poco viril, débil, derrotado. Nadie que quiera vender un producto diría que su producto es un fracaso, salvo que esté convencido que en ese fracaso (o sea, la muerte en una cruz) se encuentra la verdad, la felicidad, la salvación. Y si bien es cierto que luego del fracaso de la cruz tuvo lugar la gloria o victoria de la resurrección también ésta –notémoslo bien- ocurrió de noche, fue sin brillo, sin trompetas ni platillos, sin muerte de los verdugos, sin testigos. Es decir, todo lo contrario a lo que suponemos es compatible con un

héroe mitológico. Lo cual es, a mi juicio, signo bastante elocuente de que los evangelistas Marcos, Lucas, Juan y Mateo no quisieron “vendernos un producto” sino que se limitaron, con el consecuente riesgo del rechazo por parte del auditorio, a decirnos la verdad sobre lo que efectivamente ocurrió.

Sobre este tema acerca de la veracidad sagrada de los evangelios vale la pena citar un libro, el de V. Messori: *Hipótesis de Jesús*. No tiene desperdicio.

P. Gabino